

## CAPÍTULO VI

## La consejera de un rey

La anarquía religiosa y el objetivismo de Sor María de Jesús de Agreda. — La mística y su «olor de santidad». — Su ciencia infusa. — La «Mística Ciudad de Dios» y la «Vida de la Virgen». — La correspondencia con Felipe IV. — Las acusaciones del «Nicandro». — La «voz del pueblo»

Antes de entrar en el siglo XVIII, en el que, por la irradiación de la gloria del Rey Sol, toda Europa, desde Viena a La Granja, parecía mirar hacia Versalles, siendo naturalmente España, gobernada por un duque de Anjou, quien más ávidamente intentaba recoger aquellos efluvios de una sensibilidad tan extraña a la suya; antes, pues, de comenzar un capítulo de nuestro espíritu en que éste, al menos en lo exterior, parece esfumarse tras galas exóticas, fuerza nos es bosquejar el carácter de una mujer a quien puede considerarse como la última encarnación de un ideal que había sido el nuestro desde la Reconquista. Sor María de Jesús de Agreda es el destello postrero del alma de una Isabel la Católica y una Santa Teresa. Es la concentración del espíritu que aún latía en la España del siglo XVII, si bien las costumbres cortesanas, que no eran, ni con mucho, toda España, puedan hacer suponer otra cosa al que juzgara del país por los epigramas, pasquines y demás maledicencias o «chismes» perpetuados por la imprenta.

Ese siglo XVII, que había visto en sus albores morir al más beato de nuestros monarcas (que no fué, cual algunos suponen, Felipe II, sino su desdichadísimo hijo) experimentó, en el advenimiento de Felipe IV, algo de lo que nos cuentan experimentó Francia a la muerte de un Luis XIV, tardía, y, por lo mismo, ferozmente entumecido en la beatería de Madame de Maintenon: respiró. Y respiró con ánimos de desquite.

Mas España no es Francia, y Madrid no ha sido nunca París. Sacudir el yugo de Luis XIV dió origen al desenfreno de la regencia; libertarse de un Felipe III dió origen a una explosión histórica, en que la sensualidad reinaba con dominio absoluto, pero a cubiertas de la hipocresía más cínica, o más inconsciente. El París del Regente olvidóse deliberadamente de la Iglesia; el Madrid de Felipe IV puso la religión al servicio de sus pasiones. Santa Teresa, que hablaba con enojo de las «devociones a bobas», en que sólo rezan la voz y el gesto, habríase quedado atónita ante estas prácticas devotas totalmente divorciadas del alma, en las cuales la religión veíase transformada, como a placer, en el más supersticioso paganismo. Esa inconsciencia, que convertía en un desahogo licencioso las más solemnes funciones de Semana Santa; que aprovechaba los disciplinazos de un duque de Villahermosa como penitencias para ablandar a una beldad insensible; que franqueaba nocturnamente a un rey cristianísimo las puertas de un convento de monjas, era en verdad indicio de una anarquía en los sentimientos nunca vista hasta entonces.

Ahora bien: en los sentimientos, no en las creencias. Y he aquí la característica peculiar a este periodo, la que le imprime el sello de nacionalidad. Lo único que quedaba en pie en aquel desorden, era la certidumbre inquebrantable en «la religión de los mayores». El armazón de la fe sostenía aún, y tan enérgicamente

como en las anteriores centurias, ese edificio bamboleante de la monarquía y la vida cortesana. Y esa certidumbre hizo posible la obra de una Sor María de Jesús de Agreda, como ya hemos visto que hizo posible la de una doña Luisa de Padilla, ya que ambas obras sacan toda su fuerza del imperio ejercido, no en sus autoras, sino en torno a éstas. La prueba más cierta de la íntima relación de Sor María de Agreda con algo todavía vivaz en su ambiente, es el objetivismo de sus escritos.

\* \* \*

Siglo xvii : el « siglo miserable en que le había tocado vivir » a Sor María de Agreda, según sus propias palabras, era por tanto, y aunque ella así no lo creyese, un marco perfectamente apropiado a la calidad de su genio.

Tampoco lo creerían quienes vieran en ella ante todo a la mística, a la nueva elegida del Altísimo, favorecida, como Teresa de Ávila, con raptos y revelaciones. Para sus contemporáneos, y para las generaciones inmediatamente posteriores, Sor María de Agreda no era sino la escritora « a quien la misma Virgen llevaba la mano ». Ella misma, al escribir la vida de María, estampó al frente que esta relación había sido « manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora a su Esclava Sor María de Jesús, Abadesa del Convento de la Inmaculada Concepción de la Villa de Agreda, de la provincia de Burgos, de la Regular Observancia de N. S. P. San Francisco, para nueva luz de el mundo, alegría de la Iglesia Católica y confianza de los mortales » (1). Y su confesor, Fray Andrés de Fuenmayor, escribió por su parte: « Sabe que la dicha Madre Sor María de Jesús tuvo ciencia infusa sobrenaturalmente, en grado

(1) En Madrid. — Por Bernardo de Villa-Diego. Año de MDCLXX.

superior y eminente; y esto lo sabe por la experiencia que dicho testigo ha tenido tratando de diversas materias con la dicha Madre, pues constándole que nunca había estudiado letras, le oyó muchas veces hablar en todo género de ciencias con tanta eminencia y alteza como podía el hombre más consumado en ellas». Si a esto añadimos que en Méjico una multitud de indios solicitó el bautismo, reconociéndose que ello fué debido a la influencia de esta religiosa, la cual habíase transportado allí más de quinientas veces « no sabía si en sueños o corporalmente », se comprenderá de qué índole fué al principio la supremacía lograda por la autora de la « Mística Ciudad de Dios ».

Su « historia » además; el hallarse voluntariamente claustrada desde los 12 años, y el entregarse en el claustro a las más duras mortificaciones, tales como el caminar todos los días media hora de rodillas con una pesada cruz a cuestas, atraía la imaginación hacia el aspecto « santo » de la Venerable (1). Cuando Felipe IV, al

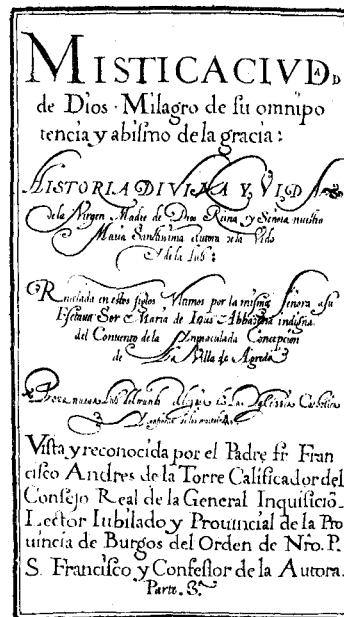


Fig. 10. Portada de la « Mística Ciudad de Dios », de Sor María de Agreda. Madrid, Biblioteca Nacional

(1) María Coronel había nacido en Agreda el 25 de abril de 1602, de Francisco Coronel y Catalina de Arana, hidalgos castellanos del mismo « rango » que los padres de Santa Teresa.

regresar de Zaragoza, se detuvo en Agreda, visitó a Sor María, guiado por la fama de santidad de que ésta gozaba. Su « ciencia infusa », sus arrobos, hacían creer en la aparición de una nueva Teresa de Jesús, y el rey no quería desaprovechar la oportunidad de una « guía » celestial, que le descargaría del cuidado de tener que pensar y decidir por sí en el que consideraba hartamente enojoso negocio del Estado. La « Mística Ciudad de Dios » vióse constantemente reimpresa en España por espacio de cerca de un siglo, publicándose además ediciones completas, o « extractadas », en castellano, latín y otros idiomas, en Amberes, Bruselas, Trento, Milán, Marsella y Augsburgo. De las demás obras de Sor María, las que mayor predicamento alcanzaron fueron las « Primeras y Segundas Leyes de la Esposa », el « Testamento Espiritual » y el « Mapa de los orbes celestiales y elementales, desde el cielo empíreo hasta el centro de la Tierra, y lo principal que en ella se contiene ».

Esta última es, indiscutiblemente, una de las obras más características de su tiempo. Poco a poco, sus verdades han ido esfumándose tras el velo de lo absurdo, y esta Geografía ha resultado tan disparatada que no ha faltado quien, por lo mismo, ha dudado de su autenticidad, negando fuera posible la hubiese escrito quien poseyera « ciencia infusa »; mas, para nosotros, este Mapa de Sor María ofrece, por sus mismos delirios, un interés histórico de primer orden. Se presenta como un recuento de la ciencia geográfica de la época. Dos siglos antes, los más sesudos varones discutían las « verdades » de los

Tan piadosos eran, que decidieron separarse para entrar en religión: el padre entró con sus hijos en un convento de franciscanos, y la madre con sus hijas en uno de franciscanas, fundado en la que había sido su casa. En este convento profesó Sor María a los dieciséis años. En 1627 fundó otro monasterio de la misma orden, en la misma villa de Agreda, del cual fué varias veces priora, y en el que recibió, en 1643, la visita de Felipe IV. En él murió, en olor de santidad, en 1666.

viajes de Mandeville; en los días de la Venerable de Agreda, personas tenidas por ilustradas no se oponían a que se hablase de la « ciencia infusa » de quien hacia descripciones como ésta:

« Tiene toda la tierra de canto dos mil quinientas y dos leguas, y hasta la mitad que es medio y sitio del Infierno, hay mil doscientas y cincuenta y una leguas de profundidad; en este centro y corazón de la tierra están el Infierno, Purgatorio y Limbo; el Infierno en medio, el Purgatorio a un lado y el Limbo a otro. Tiene el Infierno muchas cavernas y mansiones de penas, y todo él es una caverna infernal, y tiene una boca, y hay ciencia cierta de que hay una losa mayor que la boca del Infierno que tiene de canto media legua, con la cual se ha de cubrir la boca del Infierno y quedarán en él el último día sepultados y sellados los prescitos, sin salirse de allí por todas las eternidades (1)... »

« Los españoles son de buena raza; los franceses, ingleses y alemanes de mejor.

Los de África, Asia y América son poco tallados, como velloso. Lo que se visten es de pieles, con extraordinarios trajes y pinturas. Hay unos contrahechos; otros disformes de largos, que tendrán tres varas y lo que mas cuatro y seis y los mas altos con extremo ocho. Hay otros enanos como de media vara.

En otras islas hay gente de orejas largas hasta el suelo » (2).

En cuanto a la descripción de África, no difería mucho de otras de su tiempo, ni aparece hoy mucho más improbable:

« África tomó el nombre de un descendiente de Abraham y de Ceturá, su mujer, el cual vino a Libia (que así llaman los griegos a la África) y vino con ejército, y después que venció a sus enemigos puso en ella su asiento y morada.

Las ciudades más señaladas son Alejandría, cabeza de todo Egipto, y el Cairo o Babilonia, y junto con ésta Memphis.

Hacia el Oriente está una región llamada Troglodítica; en esta región mas son bestias que hombres los que habitan aquí. Habitan en ella los Egípanes y Blemios, hombres que llaman sin cabeza y no lo están sin ella, sino que la tienen metida en el pecho y los hombros mas altos, con que la encubren, y parece gente extraordinaria; los ojos tienen en el pecho... Son gente vivísima, sino que es poco enseñada de ciencias, porque las usan poco; pero si las usaran, son aptos y idóneos para ellas; son muy pequeños, gruesos y parecen troncos.

Hacia esta parte habitan los Sáticos, sin casas ni cosas de política, sino como fieras en el campo; tienen mala traza, y al-

(1) Cc. 110, folios 15 y 16.

(2) Idem, folios 17 y 18.

gunos que están en tierra tienen unas como bolas o cuernos que los afea mucho; nácenles en la frente, y hales procedido de que a algunos antecesores suyos les habían hecho algunos martirios en las frentes, por sus particulares leyes; y la lástima es que no era por Dios, sino que la crueldad de su ley tenía aquella ceremonia perversa de que les habían de dar hasta cierto número de golpes, y de esto vinieron a tener esta concha o callo grande que lo heredaron y nacían con él todos, y ahora los tienen y siempre continúan este desatentado tormento.

Hay otros que se llaman Quinocéfalos, que son como caras de perros por lo mucho que les salen los hocicos; son muy estrechos y sumidos de mejilla y en el cuerpo mal tallados, y los mas andan a cuatro pies y se arrojan en el suelo como brutos.

Hay otros que tienen solo un ojo, y le tienen donde se juntan las cejas; las narices tienen muy llanas y chatas y la cara ancha con desproporción, y todos en su persona son desagradables a la vista por su grande fealdad.

Y la lástima es que siendo criaturas, como nosotros, racionales, no conocen a Dios, ni le aman por su grande ignorancia. Están absortos y bobalmente mirando al cielo, y ni con un ojo ni con dos entrarán en el reino de los cielos..., sino con solo uno en el Infierno. Estos se llaman Anóculos o Monóculos; son ciegos y rudos de entendimiento, sin poder formar discurso. »

La evolución científica ha relegado toda la obra religiosa de Sor María de Agreda a lugar harto distante de aquel en que la posteridad continúa situando a Teresa de Ávila. Ni siquiera puede parangonarse la «Mística Ciudad de Dios» con la obra de una Sor Teresa de Jesús María. Empero, hay en ella, por lo menos, una parte que bastaría para salvar la fama de su autora: es esa «Vida de la Virgen», para cuyo relato la pobre reclusa de Agreda halla naturalmente un lenguaje que la hace hermana, en «sentido literario», de los más modernos hagiógrafos.

No nos atreveríamos a decir que la propia Virgen guiaba la pluma de su «biografía», mas es indudable que ésta *veía* las escenas que luego describía, y que las veía con la misma realidad con que se ofrecían los objetos a sus ojos corporales. Bossuet, cuyo realismo galo revestíase de las pompas del clasicismo, calificó de impúdicas las palabras con que la Venerable cuenta la encarnación y formación de Jesús en su madre, y es fama

que Benedicto XIV, al hojear este libro, exclamó: *Quis est hic qui tanta et tam barbaramente loquitur?* Nada más alejado de las ñoñerías beatas que el relato del misterio de la Encarnación, cuando Sor María de Agreda cuenta cómo los ángeles engalanaron a María, para que quedara «tan bella y agradable que pudo el Rey Supremo codiciarla»; o cuando nos asegura que, al principio, «era prudente ocultase María a José su estado», y las perplejidades de éste al notarla «con la certeza de que en él no tenía parte»; o cuando se extiende acerca de los celos que atormentaron al Patriarca. Esta crudeza en la imagen, esta tranquilidad con que la Venerable llama al pan, pan, y a cada órgano y función por su nombre, y no se representa a los personajes divinos en la tierra como realizando los actos de los demás humanos, no era impudicia, cual creía el empelucado obispo de Meaux; y la Inquisición, que tanto trajo y llevó las obras de Sor María, para por fin absolverlas, no se equivocó respecto a ello: era candor. Candor es lo que, después de contarnos cómo el Niño Jesús, a los ocho días de su concepción, se puso a orar en el vientre de su madre, le hace exclamar: «¡Cosa maravillosa!» Candor su pintura de la figura de la Virgen:

«La persona de esta divina Reina era dispuesta, y de más altura que la común de aquella edad en otras mujeres; pero muy elegante del cuerpo con suma proporción y perfección: el rostro más largo que redondo, pero gracioso, y no flaco ni grueso; el color claro y tantico moreno, la frente espaciosa con proporción, las cejas en arco perfectísimas, los ojos grandes y graves, con increíble e indicable hermosura y columbino agrado, el color entre negro y verde obscuro; la nariz seguida y perfecta, la boca pequeña y los labios colorados y sin extremo delgados ni gruesos; y toda ella en estos dones de naturaleza era tan proporcionada y hermosa, que ninguna otra criatura humana lo fué tanto. El mirarla causaba a un mismo tiempo alegría y reverencia, afición y temor reverencial: atraía el corazón y le detenía en una veneración suave: movía para alabarla, y enmudecía su grandeza y muchas gracias y perfecciones: y causaba en todos divinos efectos que no se pueden fácilmente expresar; pero llenaba el corazón de celestiales influjos y movimientos que encaminaban a Dios.

Su vestidura era humilde, pobre y limpia, de color plateado, obscuro o pardo que tiraba a color de ceniza compuesto y aliñado sin curiosidad; pero con suma modestia y honestidad... »

Es el candor de los villancicos, que asocian a la vida de la Santa Familia los pormenores de la existencia cotidiana. Así considerada, la «Vida de la Virgen» — o sea la parte principal de la «Mística Ciudad de Dios» — tiene, por un lado, el valor de un cuadro de costumbres; por otro, en su fusión de interpretaciones visionarias y de crudo realismo, el de constituir una de las manifestaciones-tipos del espíritu de nuestro arte y nuestra literatura, que nunca han dejado de ver a Dios, pero siempre lo han visto entre los pucheros. Y, en ese aspecto, justo es asociar el nombre de Sor María de Agreda al de Santa Teresa de Jesús.

\* \* \*

Ahora bien, lo que hoy constituye su gloria, es aquello que sus contemporáneos no pudieron jamás sospechar que la inmortalizara: la correspondencia sostenida con Felipe IV por espacio de veintitrés años.

«Pasó por este lugar y entró en nuestro convento el Rey nuestro Señor, a 10 de julio de 1643, y dejóme mandado que le escribiese». Así cuenta sucintamente Sor María de Agreda el principio de este comercio. Se ha querido ver en ello una prueba de humildad; nosotros, mejor vemos en estas palabras una prueba de que ni su misma autora pudo imaginarse la importancia de su obra como «consejera del Rey». Y, sin embargo, como mística, en nuestra literatura, ocupa un lugar secundario; como «directora» de Felipe IV, y hasta, más genéricamente, como inspiradora de gobernante, su puesto, en la literatura y en la historia, no ha sido sobrepasado.

Aquella maliciosa réplica de la duquesa de Borgoña a Madame de Maintenon, de que mejor se hallaban los Estados gobernados por reinas que por reyes, porque, en el primer caso, quienes gobernaban, en realidad, eran hombres, y, en el segundo, eran mujeres, esta frase, por primera vez, por única vez quizá, ha de entenderse aquí a salvo de toda influencia amorosa; incluso de todo subjetivismo. Sor María de Agreda no desea influir en el ánimo del Rey para disponer, en provecho propio, de esta influencia. Ni siquiera aspira a captar su voluntad. Lo que intentó, a lo largo de todas sus epístolas, fué darle *voluntad propia*. A Felipe IV, siempre manejado por validos, rodeado de gentes en cuyos consejos no tardaba nunca en despuntar el interés personal, y que lo mismo tenía presenciado en quienes rodeaban a su padre, habían por fuerza de impresionarle los consejos de esta mujer, que todos creían favorecida del cielo con luces especiales, y que era tan pobre que, muchas veces, no tenían, ni ella ni sus monjas, bocado con que engañar su parvo apetito de empedernidas ayunadoras. El «Nicandro», aquella anónima defensa del Conde-Duque, que salió



FIG. 11. Cruz-Cilicio de Sor María de Agreda. (Convento de Agreda)

a luz a la caída del valido (1), reprochó al Rey el dejarse guiar de «revelaciones de mujeres devotas», el pensar que Dios ha de revelar los secretos del gobierno a «mujeres encerradas». No nombra a Sor María de Agreda, pero recuerda cuántas ilusas merecieron erróneamente la confianza de personajes ilustres, y añade: «Cuando sabemos que santos canonizados profetizaron lo que no sucedió, ¿qué fé se debe dar a las mujeres u hombres que pudieron mentir, ser ilusos del demonio, o constar de imaginación vehemente? Y, fundar en estos devaneos el descrédito de personas eminentes, más merece castigo que aplauso, estando fuera de la jurisdicción de los hombres la certeza de las revelaciones».

Esto hace comprender que, no obstante el sigilo que el Rey deseaba guardar en su correspondencia con Sor María, la tal correspondencia era un secreto a voces, y todo cuanto Felipe IV hiciera de extraordinario atribuíase mecánicamente a intervención de la monja. El texto de las cartas, no es probable trascendiera, pues el Rey había ordenado a su consejera «le contestara en el propio papel y no pasara esto de ella a nadie»; mas sabríase el intercambio de epístolas, y ello bastaba para que unos pusieran toda su esperanza en las instigaciones de Sor María, y otros achacaran todos los males a sus «revelaciones».

Nada más gratuito que esto último. Sor María no fué, ni una «Monja de Carrión», cuyo recuerdo estaría aún vivo en sus días, ni una «Sor Patrocinio», que andando el tiempo había de intentar remedarla. En sus escritos místicos pudo dejarse arrastrar por los mayores delirios; en su correspondencia con el Rey fué siempre

(1) «Nicandro, o Antídoto contra las calumnias que la ignorancia o envidia han esparcido por deslucir y manchar las heroicas inmortales acciones del Conde Duque de Olivares, después de su retiro, al Rey Nuestro Señor». Atribúyese unas veces a Juan de Ahumada, otras a Francisco Ríoja, otras a Domingo Herrera, sin seguridad de que pertenezca a ninguno de los tres.

una consejera de indiscutible «equilibrio», que no expresó sino ideas honradamente sentidas y maduradas, y cuyo defecto fué tal vez precisamente el de una cordura de alcance excesivamente corto: el considerar la política bajo un ángulo demasiado estrecho. Para el pueblo, todas las calamidades provienen de los privados; el pueblo inclínase, por lo general, a creer buenos a los reyes, y a echar todas las culpas cometidas por éstos sobre los que los rodean. Sor María de Agreda no pretendió nunca hablar al Rey con voz inspirada por la Divinidad, sino según la *voz popular*; todos sus consejos pueden resumirse en éste: el Rey debía gobernar por sí mismo. Y también: «Tiene que cumplir con su oficio de rey, pagando de su persona ante el ejército y gobernando por sí, sin lo cual no podrá salvar su alma, aun cuando fuera muy piadoso y creyente».

Este «gobernar por sí», sería lo que le haría decir a Olivares, a quien sin duda el Rey lo repitiera en un momento de enojo — o de valentía — que las monjas sólo debían rezar. Pero esta monja creía que su deber consistía, además, en decirle al Rey que él y «sus reinos están pobres, y todos los que andan en la masa, prósperos y ricos».

Y no se daba cuenta de que el Rey, consultándola en todo, desde los negocios más arduos del Estado hasta los más nimios asuntos de familia, demostraba que todo el mal radicaba precisamente en su imposibilidad de actuar sin que alguien le dirigiese.

\* \* \*

Se ha reprochado a Sor María el haber sido mero instrumento de los enemigos de un Olivares o un Haro; más justo sería pensar que, siendo ella tan resuelta adversaria de éstos, era forzoso que se encontrara en el mismo campo que los que los combatían. A don Francisco de Borja, le escribe que ve «esta Corona en gran

